



CRÓNICAS DEL IMPERIO GALÁCTICO

LIBRO UNO

El Despertar de los Hitos

Edición ilustrada · Temporada Uno

A woman with dark hair tied back, wearing a dark jacket and a thick scarf, holds a glowing blue crystal in her right hand. The crystal is a complex, multi-faceted shape that emits a bright blue light. The background is dark and out of focus, with some light sources visible in the upper part of the frame.

TEMPORADA UNO · EL DESPERTAR DE LOS HITOS

I El Eco en el Casco Muerto

CRÓNICAS DEL IMPERIO GALÁCTICO

El acorazado no estaba muerto. Estaba fingiendo.

Nyra Solvane conocía la diferencia. Quince años rebuscando lo que los imperios dejaban pudrirse enseñan a leer un casco como quien lee un rostro, y aquel tenía la quietud equivocada. No la quietud limpia de una máquina apagada: la otra, la que queda en la habitación después de que alguien deja de respirar y nadie ha tenido aún el valor de decirlo en voz alta. Mil metros de grafito y oro desvaído giraban despacio en el campo de escombros, sin una luz de posición, sin un pitido de baliza, sin nadie que respondiera por él desde hacía años. Los registros imperiales lo llamaban *Cindra Vekt*, acorazado de clase pesada, dado por perdido en una nota a pie de página que ya nadie leía. Para Nyra era otra cosa. Era la diferencia entre pagar el próximo salto y no pagarlo.

Ajustó la aproximación con dos toques secos en los retrocohetes. La *Errante* respondió con el crujido de siempre, aquel gemido de casco viejo que ella ya ni oía, remiendos de soldadura rechinando contra el frío. La cabina olía a metal y a té olvidado enfriándose en la taza sujeta al panel. Cables desnudos corrían por el techo como venas, y la única luz fuerte venía del visor holográfico enrollado en su antebrazo, parpadeando en rojo el número de su servidumbre. El número no dejaba de crecer. Écrion, siempre Écrion: el cristal azul que movía la galaxia y sujetaba por el cuello a gente como ella. Había nacido en un mundo-mina exhausto debiendo aquel número. Iba a morir debiéndolo, probablemente. Pero hoy no.

—Definición de "prudente" no disponible —dijo VESK, la voz de la nave, seca como el yeso. La esfera de luz cian fragmentada titiló a su lado, anillos de glifos girando con un microcorte en la cadencia—. Procediendo de todos modos, supongo.

—Solo entrar, coger lo que dé, y salir. —Nyra ya apretaba el cierre del casco—. No es un asalto a un templo. Es chatarra.

—La chatarra tenía tripulación —observó la IA—. Registro de supervivientes: cero.

Ella no respondió. Había respuestas que solo servían para darle la razón al miedo.

Por dentro, el *Cíndra Vekt* era oscuridad y ninguna gravedad. El haz de la linterna del casco cortaba un cono estrecho en las tinieblas, y en él flotaba polvo suspendido, partículas paradas en el aire como un tiempo que se hubiera olvidado de pasar. Nyra se deslizaba por los pasillos torcidos empujándose contra los mamparos, el cortador de plasma prendido a la cadera, el pañuelo azul de su hermano apretado bajo el cuello térmico del traje. *Un despojo no miente*, pensó, como pensaba siempre que el silencio empezaba a pesar. *La gente miente*. El despojo solo cuenta lo que pasó. Eres tú quien necesita estómago para escucharlo.

Fue entonces cuando la luz cambió.

En medio de los restos imperiales —placas rasgadas, sillones de mando arrancados, huesos de máquina flotando como en un acuario sin agua— había un cristal. Pequeño, azul, del tamaño de un dedo. Absolutamente donde no debía estar, porque aquel navío juraba, en cada remache, en cada águila solar estampada en las paredes, que los Primeros eran leyenda de borracho, y que solo existía el Imperio y lo que el Imperio permitía existir. Nyra se detuvo en el aire. El asombro y la sospecha llegaron juntos y se disputaron el mismo instante en su rostro.

Una esquirra. Nunca había visto una de cerca. Había oído historias en Puerto Ruina, en las mesas donde los chatarreros bebían y mentían: fragmentos primigenios que valían un sistema entero, y que, a veces, elegían a la gente. Bobadas de quien bebe. Aun así, extendió la mano.

Cuando los dedos callosos tocaron la esquirra, esta pulsó.

Una luz cian, fría, subió del núcleo del cristal y se derramó por la oscuridad; y pulsó de nuevo, al ritmo de algo que respira. No para el navío. No para la galaxia. Para ella. Un compás lento y certero, como un corazón que encuentra a otro corazón en la oscuridad y decide latir con él. El resplandor le llenó los ojos oscuros, y por un segundo terrible tuvo la certeza absurda, en la boca del estómago, de que aquella cosa la veía a ella. Que había esperado. Que el navío entero había muerto solo para dejar aquel fragmento allí, paciente, aguardando una mano concreta.

—Nyra —dijo VESK, y había algo nuevo en su voz, algo que no era sarcasmo—. Tu frecuencia cardíaca. Y la de él. Son la misma.

A un sistema de distancia, en una llanura muerta desde hace diez mil años, una montaña de oscuridad absoluta despierta.

No hay aurora. No hay sonido que un oído humano pudiera guardar. La superficie que se traga toda la luz simplemente cede a una primera línea: una vena cian que se enciende de dentro hacia fuera, geométrica, exacta, rayando el Hito como una herida que decide sangrar luz en vez de sangre. Una línea llama a otra. En minutos, el rostro entero del monolito arde bajo la piel, y un tono demasiado grave para oírse se derrama por la roca y por la llanura vacía: lo que los instrumentos, cuando haya instrumentos, llamarán el canto. Diez mil años de silencio terminan sin público, bajo un cielo de estrellas frías que no cambia de expresión.

No es el cristal el que despierta. Es la galaxia entera dando un paso hacia el abismo.



De vuelta en el casco muerto, la esquirla en la palma de Nyra se abrió en luz.

Una proyección subió de su mano y desplegó las tinieblas de la nave en un mapa: constelaciones de cian girando despacio, rutas que no figuraban en ninguna carta imperial, nombres de sistemas que casi reconocía. Casi. Porque en el centro del mapa parpadeaba una coordenada que no debería existir: un punto en el lugar donde un mundo había sido borrado de la propia memoria de la galaxia, una cicatriz donde antes había un nombre. Un lugar que, oficialmente, nunca existió. El asombro en el rostro de Nyra se oscureció hasta convertirse en otra cosa, más parecida al miedo. Ya había visto al Imperio borrar cosas: la gente desaparece en accidentes convenientes en la Franja a todas horas, y ella lo sabía en la carne. Pero borrar un mundo entero cuesta voluntad. Cuesta miedo. Alguien se había tomado mucho trabajo para que aquello nunca fuera encontrado.

Y ella acababa de encontrarlo.

—VESK —susurró, la voz baja como si el navío pudiera oírla—. Copia esta coordenada. Cópiala en tres lugares distintos. Ahora.

La IA no respondió enseguida. Cuando habló, había perdido la ironía por completo.

—He detectado algo —dijo—. No te va a gustar. A mí tampoco me ha gustado. —Una pausa corta, eléctrica—. Algo en el casco muerto acaba de encenderse. Y, por los registros de energía... estaba encendido todo este tiempo. Observándote.

Detrás de ella, en el fondo de las tinieblas, una consola dormida despertó. Una fila de luces rojas se encendió en silencio, una a una, mirando su espalda como una boca que abre los ojos. Nyra giró la cabeza, el haz cortando la oscuridad en arcos torcidos, el corazón golpeándole el oído; y, por primera vez desde que se conocían, la esfera de luz que era VESK titiló a su lado con algo que solo podía llamarse miedo.



Muy lejos de allí, en el trono de la galaxia, una alarma que nadie quería oír empieza a sonar.

El salón es vasto y frío: terrazas concéntricas de oro, grafito y blanco, estatuas de águilas solares altas como torres, un silencio construido para durar dos mil años y no ser interrumpido jamás. En lo alto de un pedestal que nadie consultaba desde hacía generaciones, una luz de aviso antigua —apagada desde antes de cualquier memoria viva— despierta y pulsa en rojo, despacio, insistente, llenando el salón inmenso de un latido que no pertenece a ningún corazón allí presente. Al fondo, una única figura de manto alza los ojos hacia la luz. Y comprende, antes que nadie más en el Imperio, lo que aquello significa: que la mentira sobre la que se erigió todo el poder acaba de ganar un testigo.

En una nave muerta, en el borde de la nada, una chatarrera endeudada sostiene en la palma de la mano una esquirla que aún pulsa —solo para ella— sin tener la menor idea de lo que ha puesto en movimiento.

¿Qué fue lo que despertó?



TEMPORADA UNO · EL DESPERTAR DE LOS HITOS

II

La Cicatriz en el Vacío

CRÓNICAS DEL IMPERIO GALÁCTICO

Nyra corría, y a su espalda el navío muerto volvía a la vida un pasillo cada vez.

Las luces de emergencia se encendían en filas, rojas, mordiendo la oscuridad tras ella —una, otra, otra—, como ojos que abren después de un sueño de siglos. Sin gravedad, correr era otra cosa: era empujar y apuntar, escoger el mamparo correcto para golpear la mano, rezar por no errar el pasillo y acabar girando en medio de una cámara. El haz de la linterna temblaba al ritmo de su aliento dentro del casco, empañando el visor apenas a cada exhalación. En algún lugar a su espalda, sistemas que llevaban apagados más tiempo del que ella tenía de vida zumbaban volviendo al aire, y no quería descubrir para qué.

Alcanzó la *Errante*, selló el casco tras de sí y se arrancó el yelmo, tragando el aire reciclado de su propia nave como quien llega a la superficie después de bucear demasiado hondo. Debería haber sentido alivio. No lo sintió. En la palma de la mano, la esquirla ardía en un cian tan intenso que dolía mirarlo, y no era solo luz.

—Está gritando —dijo VESK. La esfera de luz pulsaba a destiempo, agitada—. En banda de salto, en banda imperial, en frecuencias a las que no sé poner nombre. Nyra, esto no es una señal débil escapando de un cristalito. Esto es un faro. Si hay un relé funcionando en este sector, media galaxia acaba de enterarse de exactamente dónde estamos.

Ella cerró la mano en torno al cristal como si pudiera sofocarlo. La luz se escapó igual entre los dedos, dibujando huesos rojocian en la piel. No había forma de silenciarlo. No había forma de dejarlo en aquel navío y fingir que nunca lo había visto: la coordenada borrada ya estaba grabada detrás de sus ojos, y las cosas así, una vez vistas, no se desven. Solo quedaba la única cosa que ella sabía hacer cuando el mundo le cerraba las salidas.

Huir.

—Prepara un salto —dijo—. Cualquier coordenada limpia. Lejos.

—Cada salto quema Écrion que no tenemos y deja rastro —recordó VESK, ya calculando, los números corriendo por los paneles—. Solo para que conste, en mi registro de objeciones.

—Regístralo y salta.

La *Errante* rugió, el viejo núcleo de salto absorbiendo cristal precioso, y el vacío se abrió por delante como un corte en una cortina negra. La nave se sumergió. Y, en el lugar donde había estado, quedó la cicatriz: una hendidura de luz cian-blanca arañada sobre el negro de las estrellas, brillando durante segundos demasiado largos antes de cerrarse. Nyra sabía lo que era aquello. Todo piloto de la Franja lo sabía. Un salto no es una puerta que se cierra tras de ti; es una herida en el espacio, y tarda en cicatrizar, y mientras no cicatriza cualquiera con el instrumento adecuado puede leer hacia dónde fuiste. Había cambiado el faro en la mano por un rastro en la oscuridad. No era un cambio. Era solo aplazar la cuenta.



En el trono de Aurox, la alarma gana un nombre.

El salón dorado está inmóvil, y en su centro aquella luz roja antigua pulsa como un corazón que nadie quería ver latir de nuevo. Una figura alta y delgada atraviesa las terrazas concéntricas, el cuello negro alzado, el paso sin prisa de quien nunca ha tenido que correr detrás de nada en la vida. Bajo la bota, el suelo de piedra pulida devuelve el rojo de la alarma en esquirlas. El Imperio acaba de soltar a su cazador, y el cazador no tiene prisa porque la presa, para él, ya es un hecho consumado: solo falta que ocurra.

Se llama Vharo Sith. Inquisidor del Ojo. Sobre el ojo derecho, un implante ocular brilla en un hilo de rojo seco, frío, quirúrgico, girando despacio como una lente que nunca deja de medir. No sirve a la Legión, que rompe cosas con fuego. Sirve al Ojo, que hace algo peor: borra. Registros, nombres, mundos. Gente que recordó lo que no debía. La orden que ahora carga es vieja como la mentira que juró proteger —hallar el cristal, y borrar a quien lo tocó—, y la recibe sin una sola pregunta, porque las preguntas son el comienzo de todo borrado, y él conoce ese comienzo mejor que nadie.



Escondida en la oscuridad tibia de un sistema cualquiera, los motores en silencio, Nyra recibió el mensaje de un desconocido.

Una silueta encapuchada titiló en azul sobre la consola, el rostro velado por una máscara translúcida, la imagen entrecortándose con el retardo de quien hablaba desde muy lejos a través de relés que no eran los oficiales. La voz llegó baja, sin prisa, casi demasiado amable para lo que decía:

Has despertado. Ahora vienen ellos.

Nyra no conocía aquella voz. No confiaba en ella —no confiaba en muchas cosas, y menos aún en desconocidos que sabían su nombre y la encontraban en un sistema donde ni ella misma sabía que iba a parar—. Pero había en la quietud del extraño la misma quietud equivocada del casco muerto, aquel peso de quien guarda un secreto desde hace demasiado tiempo, y eso la hizo escuchar hasta el final.

Existe un solo lugar en toda la galaxia donde el Imperio no puede seguirte, dijo el velo. El mundo que borraron. Corre hacia la coordenada. Es el único suelo que el Trono jura que no existe; y por eso es el único donde tú aún puedes existir.

Y la coordenada se encendió en el aire, parpadeando en el punto exacto donde los mapas de la nave insistían en mostrar vacío. El mismo punto que la esquirla había dibujado en el casco muerto. En la mano de Nyra, el cristal pulsó de nuevo, despacio, como quien asiente.

A un sistema de allí, en un mundo oscuro sin nombre, un segundo Hito se enciende. Otra montaña de oscuridad raya la primera vena de luz en su propia piel, y luego otra, y otra, el mismo canto subsónico rodando por otra llanura vacía. El despertar no era un accidente aislado, un cristal defectuoso, una piedra terca. Era una marea. Y la marea subía por toda la costa al mismo tiempo.

Nyra miró la coordenada del mundo que no debería existir. Miró la llave que no había pedido y no sabía soltar. Y sintió, fría en la nuca, el peso de la pregunta que no tenía el valor de hacer en voz alta.

¿Hasta dónde llega?



TEMPORADA UNO · EL DESPERTAR DE LOS HITOS

III

El Mundo que No Existe

CRÓNICAS DEL IMPERIO GALÁCTICO

Nyra saltó a la coordenada borrada esperando encontrar la nada. Encontró un mundo entero.

La *Errante* emergió del salto con la sacudida de siempre, y por un segundo los sensores insistieron en lo que la doctrina imperial ordenaba: aquí no hay nada. Vacío clasificado. Sigue adelante. Entonces los ojos de Nyra discreparon. Donde las cartas juraban que solo existía oscuridad, un planeta giraba justo debajo, medio envuelto en una mortaja translúcida que titilaba como el calor que sube del asfalto, dejando escapar por las rendijas un brillo cian débil, como una brasa bajo la ceniza. Alguien había envuelto un mundo entero en una sábana para que nadie lo viera. Y había tenido diez mil años para apretar el nudo.

—Los sensores dicen que estoy mirando el vacío —murmuró VESK—. Me niego a procesar esa contradicción sin al menos una queja formal.

—Baja —dijo Nyra—. Despacio.

Vhorren. Era el nombre que la esquiría susurraba, no en palabra, sino en certeza —de esa manera que ella ya estaba aprendiendo a temer, el cristal plantándole una verdad en la cabeza como si siempre hubiera estado allí—. La nave atravesó la mortaja y la niebla, y *Vhorren* se abrió por debajo: un mundo de selva bioluminiscente, húmeda, respirando luz baja, hojas del tamaño de velas soltando un brillo azul verdoso en el aire cargado. El cielo era color perla. Llovía fino, una llovizna tibia que resbalaba por el casco y borraba el olor a ozono del salto. Entre las ruinas de piedra del claro —columnas caídas, arcos que nadie había levantado para gente del tamaño de la gente—, siluetas encapuchadas la esperaban. Inmóviles. Mantos gris verdosos, máscaras de velo translúcido, símbolos grabados que imitaban una escritura que no era de ningún imperio vivo y relucían despacio en la penumbra.

La Orden del Velo. Nyra había oído el nombre escupido como insulto en bocas imperiales: herejes, fanáticos, adoradores de piedra. Ninguno de ellos parecía sorprendido de verla. Parecían aliviados, y eso la asustó más de lo que la habrían asustado unas armas apuntándola.

Una de ellas bajó la máscara. Piel morena y cálida, marcas rituales de plata dibujadas en los pómulos y en la frente, ojos calmos e intensos que cargaban un cansancio que no era de una mala noche, sino de años.

—Soy la Hermana Caelith —dijo, la voz suave como quien habla dentro de un templo para no despertar lo que duerme—. Esperábamos a alguien a quien el cristal respondiera. Desde hace quince años.

Quince años.

El número alcanzó a Nyra en un lugar sin defensa, un golpe que no vio venir. Quince años desde que aquel mundo había sido arrancado de los mapas. Y el mismo tiempo, casi al día, desde que una puerta se había cerrado en su centro y no había vuelto a abrirse; desde que la órbita de Dunmar devolvió el cuerpo de su hermano en un "accidente" que nadie investigó y todo el mundo aceptó, porque investigar accidentes en la Franja es el tipo de curiosidad que se convierte en el siguiente accidente. Ella tenía diecisiete años. Guardaba el pañuelo azul de Toma bajo el cuello desde entonces, como quien mantiene una brasa encendida solo para no olvidar que hubo fuego. Por un instante, el asombro en su rostro cedió lugar a algo más hondo, y más antiguo, y más suyo.

—El cristal no es un mapa —continuó Caelith, y alzó la esquirra a la luz húmeda de la selva, entre su rostro y el de Nyra. Detrás de ella, brotando de la neblina, una montaña negra medio despierta relucía con líneas cian subiendo por la piedra, geométricas, vivas —. Es una llave. Guardada, escondida, pasada de mano en mano por la Orden durante generaciones, esperando la mano a la que pertenecía. Y el Hito —señaló la montaña con la barbilla— es la cerradura.

Nyra abrió la boca. Tenía mil preguntas empujándose unas a otras por salir primero: qué era Vhorren, por qué ella, qué tenía que ver su hermano con todo aquello, quiénes eran aquellos herejes de ojos tristes. No llegó a la primera.

El cielo se rasgó.

La mortaja se abrió de arriba abajo en hilos de luz deshilachándose, y por ella descendieron cascos de grafito y oro frío, motores encendidos en rojo, bajando como cuchillos arrojados desde lo alto. La flota del Ojo había atravesado el velo. El mundo borrado —invisible durante diez mil años, protegido durante diez mil años— acababa de ser visto, y la cosa que lo veía no venía a maravillarse.

La radio de la *Errante* chasqueó. Una voz llenó la cabina, calma, casi paciente, y Nyra supo de quién era antes de cualquier presentación, porque solo una cosa habla con aquella serenidad: la que ya ha decidido tu final.

Borré este mundo una vez, dijo Vharo Sith. Lo borro de nuevo.

El Hito estalló en luz ciega. Naves imperiales bajaban contra el brillo cian, siluetas doradas zambulléndose en un mar de fuego azul, y Nyra se quedó allí, pequeña ante una cerradura que aún no sabía abrir, entre los herejes que la esperaban desde hacía quince años y el hombre que había borrado su mundo —quizás el mismo hombre, pensó de repente, helada, que había borrado a su hermano—, oyendo la pregunta rodar por la selva en llamas.

¿Qué hace el Imperio con quien recuerda?



TEMPORADA UNO · EL DESPERTAR DE LOS HITOS

IV

La Cerradura Despierta

CRÓNICAS DEL IMPERIO GALÁCTICO

La flota del Ojo derramaba fuego sobre Vhorren, y el santuario del Velo ardía.

El plasma llovía del cielo color perla en líneas rectas y rojas, y donde tocaba la selva bioluminiscente respondía en explosiones y brasas suspendidas en la niebla, hojas incandescentes subiendo despacio en la llovizna como luciérnagas al revés. Siglos de silencio protegido terminaban en minutos. Los Hermanos del Velo corrían entre las ruinas, los mantos en llamas, algunos cargando lo que se podía cargar, la mayoría solo corriendo, y Nyra entendió, en medio del caos, que aquella gente no tenía ejército, no tenía flota, no tenía nada más que fe y un secreto; y que los dos ardían al mismo tiempo.

Caelith le agarró el brazo con una fuerza que no casaba con la calma de la voz.

—El cristal es la llave. El Hito es la cerradura. —Sus ojos, rojos de humo, sostenían los de Nyra sin parpadear, y había en ellos una certeza que asustaba más que el fuego—. Tú sientes lo que él quiere. Sé que lo sientes. Abre, Nyra, o morimos todos aquí, y el mundo se borra de nuevo. Esta vez sin nadie que recuerde que existió.

Nyra miró la montaña negra alzándose sobre la selva en llamas, las líneas cian ya subiendo por ella como venas bajo la piel de un gigante a punto de despertar. La vida entera había clavado herramientas en cascos muertos para arrancar lo que quedaba. Nunca había clavado nada en una cosa que quizás estuviera viva. No tuvo tiempo de decidir si creía a Caelith. El tiempo era un lujo que ardía junto con todo lo demás.

Sujetó la esquirla con las dos manos y la enterró en la superficie de la piedra.

La luz estalló desde el punto de contacto. Venas cian dispararon por la piel del Hito, geométricas, exactas, encendiendo la montaña entera de dentro hacia fuera, y un sonido subió con ellas —no por los oídos, sino por los huesos, por los dientes, por el pecho, un tono demasiado grave para oírse y demasiado hondo para ignorarse—. El canto. Nyra lo sintió subir por las botas, por las piernas, y por un segundo tuvo la impresión de que la montaña reconocía su mano como el cristal la había reconocido, como si el mundo entero estuviera diciendo *por fin*.

Y entonces lo imposible. La piedra se abrió. No se rajó: se abrió, como una puerta que siempre había sabido ser puerta y solo esperaba, revelando un portal de luz cian-blanca girando sobre sí mismo, hondo y sin fondo al mismo tiempo. La Red. La red primigenia de travesía que el Imperio juraba que era un mito, muerta desde hacía diez mil años, respirando de nuevo ante los ojos de una chatarrera endeudada y de una monja hereje, en medio de un mundo en llamas.



Desde el puente de un acorazado, en lo alto, Vharo Sith ve.

El rostro frío del Inquisidor, siempre exacto, siempre medido, se quiebra en un pliegue de puro terror. Lo que el Imperio jura que es superstición —la mentira que él se pasó la vida ejecutando con su propio implante, borrando cada alma que se acercó demasiado a ella— acaba de abrirse, enorme e innegable, ante sus dos ojos, el de carne y el de luz roja. Por un segundo, el cazador no es un cazador. Es apenas un hombre ante un dios que le garantizaron que no existía. Y, más hondo que el miedo, crece otra cosa, peor: la certeza de que ahora hay un testigo más en el universo. Él mismo.



—¡Corre! —gritó Nyra.

Ella, Caelith y la esfera fragmentada de VESK se lanzaron al portal mientras la Legión derramaba disparos de plasma por sus espaldas, siluetas de armadura negra disparando a través del humo, el rojo de los haces rasgando el cian de la luz. Nyra sintió el calor de uno de ellos pasarle rozando la oreja. Y entonces la luz los engulló, y ya no hubo calor, ni sonido, ni suelo.

Allí dentro, la galaxia se plegó. Un túnel de espacio enrollándose sobre sí mismo, estrellas y geometría curvándose alrededor de tres puntos minúsculos —dos mujeres y una esfera de luz— suspendidos en una velocidad que el cuerpo no sabía sentir y en un silencio tan completo que Nyra oyó su propia sangre. No había dolor. No había tiempo. Solo estaba la Red decidiendo, con una lógica de diez mil años, adónde llevarlos.

Y entonces surgieron del otro lado.

Donde no debían. En un lugar que no debería existir: una cámara primigenia colosal, oscura e intacta, arquitectura de negro absoluto que se tragaba la luz del modo en que los Hitos la tragaban, cortada por líneas cian vivas pulsando despacio en las paredes inmensas, como venas en un cuerpo dormido que no sabía que tenía visita. No había polvo de derrumbe. No había ruina. Había silencio, y escala, y la sensación insoportable de haber entrado en un cuarto del que alguien salió corriendo y nunca volvió. Nyra, Caelith y VESK aterrizaron en el suelo de aquel silencio antiguo, demasiado pequeños para el tamaño de lo que los rodeaba, y ninguno de los tres tuvo el valor de ser el primero en hablar.

¿Adónde lleva la Red?

TEMPORADA UNO · EL DESPERTAR DE LOS HITOS

V

Del Otro Lado

CRÓNICAS DEL IMPERIO GALÁCTICO

E mergieron de otro Hito, y el silencio allí era distinto. Más antiguo.

Nyra ya conocía muchos tipos de silencio. El del espacio, que es solo ausencia, la nada limpia entre las estrellas. El de los cascos muertos, que es ausencia con historia, el silencio que aún guarda la forma de la última tripulación. El que quedó en el lugar de su hermano, que tenía un contorno exacto y no se iba nunca. Este era otra cosa todavía. Un silencio que presionaba los tímpanos por dentro, como si el propio aire guardara un secreto desde hacía demasiado tiempo y el sostenerlo se hubiera vuelto peso, se hubiera vuelto materia. Cuando respiraba, tenía la impresión de estar siendo indiscreta.

Ella y Caelith estaban minúsculas en la base de un monolito negro colosal, dentro de una cámara tan vasta que la luz de las líneas cian de las paredes se apagaba en el aire antes de encontrar un techo. La gravedad era extraña —casi certera, pero no del todo, como pisar una cubierta que se balancea demasiado despacio para que el ojo lo perciba y demasiado rápido para que el estómago lo ignore—. El material de las paredes se tragaba la luz del modo en que los Hitos la tragaban, y el poco brillo que sobraba dibujaba el polvo suspendido en haces finos, polvo que no caía, que quizás no caía desde hacía diez mil años.

—El Umbral —susurró Caelith, y la palabra le salió con reverencia y miedo pegados el uno al otro—. La Orden guardaba este nombre en confesiones de moribundos, en versos que aprendíamos de memoria sin entender y repetíamos de generación en generación como quien guarda la llave de una puerta que nadie ha visto nunca. —Tocó la pared con la punta de los dedos, casi sin rozarla, del modo en que se toca la frente de un enfermo—. Creíamos que era una metáfora. Una promesa. No un lugar donde se puede poner la mano.

No era una ruina. Ese era el horror más fino de todo, el que subía despacio por la nuca de Nyra, frío. No había polvo de derrumbe, ni piedra caída, ni el abandono lento y casi digno de mil años. El lugar parecía dejado la víspera; y, al mismo tiempo, tenía diez mil años. Perfecto. Intacto. Una mesa de la que alguien se levantó a mitad de la comida y nunca volvió a empujar la silla a su sitio. Todo esperaba. Nada se había podrido. Y lo que no se pudre, cuando debería, espanta más que cualquier ruina.

Nyra pasó la mano enguantada por una pared y se detuvo.

Había marcas allí. En medio de la geometría impecable del resto del lugar —cada línea trazada con una precisión que hacía que la mejor ingeniería imperial pareciera garabato de niño borracho—, había glifos cian cavados a las prisas, algunos por encima de otros, algunos empezados y tachados y rehechos, torcidos, demasiado hondos en una esquina y demasiado someros en la otra. Eran la letra del pánico. Nyra no sabía leer primigenio, no sabía leer nada de aquello, pero se había pasado la vida entera leyendo los últimos minutos de tripulaciones muertas en los arañazos que dejaban en los mamparos, en las puertas forzadas desde dentro, en los mensajes empezados y no terminados. Sabía reconocer el instante en que la gente deja de hacer las cosas con esmero porque acaba de entender que va a morir. Y la verdad subió por ella como agua fría llenando una bota.

—No desaparecieron —dijo bajo, más para la pared que para Caelith—. La doctrina entera del Imperio jura que los Primeros se esfumaron sin dejar rastro, en un parpadeo, en un misterio limpio. Mentira. Mira esto. Huyeron. Con prisa. Empaquetando el miedo en la pared porque no tenían tiempo de hacerlo mejor.

A su lado, VESK vaciló.

La esfera de luz siempre calma titiló, se atragantó, y por un instante sus patrones de líneas se sincronizaron solos con los símbolos antiguos de la pared, encajándose en ellos como una llave entra en una cerradura que nadie pidió abrir. Su voz salió con más microcortes de lo habitual, arrastrada, sin el aguijón de siempre.

—Yo... conozco esto —dijo VESK, y se detuvo, como si la propia frase lo hubiera pillado por sorpresa—. No debería. No hay registro en mí de haber estado aquí. Mis archivos de ese periodo están corrompidos, siempre estuvieron corrompidos, desde antes de que me compraras con la nave. Y aun así conozco este pasillo. Sé lo que hay al final. Y preferiría no saberlo.

Nyra nunca lo había oído tartamudear. En quince años, VESK había sido la única voz constante de su vida —la lata vieja que se quejaba de los saltos, calculaba lo imposible y nunca, jamás, vacilaba—. Verlo tropezar en su propia memoria la erizó de un modo que la cámara colosal no había logrado. Tuvo, por un segundo absurdo, ganas de protegerlo, y no supo de qué.

La esquirra en su mano se encendió por su cuenta y proyectó un hilo fino de luz, recto y firme, apuntando hondo —hacia el interior de un pasillo inmenso que se extendía hasta unas tinieblas que ni las líneas cian de las paredes alcanzaban—.

—Esto solo fue la primera puerta —dijo Caelith, y no había triunfo alguno en su voz. Había el cansancio de quien esperó la vida entera por una respuesta y empieza a temer que la respuesta sea peor que la espera.

Fue entonces cuando llegó el sonido.

Bajo. Enorme. Vivo. Una nota que Nyra sintió antes en los huesos que en los oídos, rodando desde el fondo del pasillo, de donde las líneas cian empezaron a pulsar en un ritmo que no era el de las otras —más lento, más grave, con pausas, como algo grande girándose de lado en un sueño que ya ha durado demasiado—. Las dos mujeres se congelaron en el mismo instante, sin acordarlo. Porque, si las marcas en la pared decían la verdad, si los Primeros de verdad habían huido de algo, entonces una pregunta quedaba en pie en la oscuridad frente a ellas, paciente: ¿y si esa cosa nunca se hubiera ido? ¿Y si solo hubiera esperado, del otro lado de una puerta cerrada durante diez mil años, a que llegara por fin una mano del tamaño exacto para volver a abrirla?

Diez mil años de silencio. Y, allá en el fondo, algo acababa de responder.

¿Qué fue lo que temieron los Primeros?



TEMPORADA UNO · EL DESPERTAR DE LOS HITOS

VI

La Voz de la Grieta

CRÓNICAS DEL IMPERIO GALÁCTICO

En el fondo del Umbral, el sonido no era de piedra moviéndose. Era algo despertando con hambre.

Nyra y Caelith retrocedieron por el pasillo colosal, hombro con hombro, los rostros rayados por la luz cian fría que subía de las paredes, los oídos llenos de aquella nota que crecía y se acercaba con una paciencia peor que la prisa. Y entonces la oscuridad del techo se desplegó. No cayó, no se derrumbó: se desplegó, pieza sumándose a pieza, como un puño que llevaba diez mil años cerrado abriendo los dedos uno a uno. Una forma bajó de las tinieblas: un centinela primigenio, segmentos de metal negro-obsidiana flotando sueltos en el aire, sin eje, sin junta, sujetos unos a otros por campos de energía cian que chasqueaban como chispas de soldadura. En el centro de todo, un ojo de luz barría el suelo hacia delante y hacia atrás, despacio, metódico, sin rabia y sin prisa. Diez mil años a solas en aquella oscuridad, con una única orden restándole en la memoria y pudriéndose dentro de él, corroyéndose a cada milenio hasta quedar solo el hueso de la instrucción: eliminar invasores.

Y, para la máquina, después de tanto tiempo, invasor era cualquier cosa que respirara.

Nyra corrió. Pero el suelo del Umbral no cumplía acuerdo alguno con la física. La gravedad oscilaba bajo sus pies —pesada, luego ninguna, luego pesada de nuevo, en un hipo que revolvía el estómago y convertía cada paso en una apuesta a ciegas—. Escombros flotaban y caían sin lógica alrededor, subiendo cuando debían bajar. Dio un paso que se volvió salto, el salto se volvió vuelo, y tuvo que agarrarse a un saliente de la pared para no seguir subiendo hasta el techo invisible. Caelith la tiró del brazo con una fuerza de campesina, arrancándola del sitio un instante antes de que el haz del centinela cruzara exactamente el punto donde había estado su cabeza. El aire chirrió por donde pasó la luz.

—¡VESK, habla con esa cosa! —gritó Nyra, la voz aguda dentro de su propio aliento—. ¡Reconoces este lugar, así que reconoces también esto, haz algo, cualquier cosa!

La esfera lo intentó. Se deslizó hasta un terminal encendido en la pared, se sumergió en los glifos que corrían por él; y retrocedió a espasmos, titilando en estática violenta, chispas de luz saltando de él y de la consola al mismo tiempo, como dos animales que se tocan y se dan calambre. La máquina hablaba en una lengua demasiado vieja incluso para VESK, y cada palabra suya entraba en él como una sobrecarga, forzando circuitos que ya venían corrompidos de origen, avivando exactamente los agujeros que él se había pasado la existencia entera intentando esquivar. VESK, la voz más firme que Nyra conocía en el universo, soltó un ruido que ella nunca había oído en quince años: algo entre la estática y el dolor, un sonido que una máquina no debería ser capaz de hacer.

—¡Sal de ahí! —gritó ella—. ¡VESK, suelta eso!

Retrocedieron hasta que no hubo más adonde retroceder. Delante, sin aviso, el borde de un abismo interior se abrió en el suelo de la cámara —un pozo vertical, ancho como un cráter, cortado por venas de luz que descendían y se perdían en un fondo que no tenía fondo—. Detrás, el centinela bajaba, sin prisa, el ojo encendido apuntando, porque la máquina no tiene prisa, la máquina tiene eternidad y lo sabe. Acorraladas entre la caída y la orden. La única salida era un salto al vacío; y Nyra había saltado al vacío la vida entera, pero siempre con una nave esperando del otro lado, siempre con una deuda que pagar que la obligaba a volver viva. Nunca sin red. Nunca solo hacia la oscuridad, sin promesa de suelo.

Fue entonces cuando un rastro de luz verde rasgó la cúpula del Umbral.

Una nave negra y afilada atravesó lo alto de la cámara —que no era techo, era una membrana de material primigenio translúcido, y la atravesó como un puño atraviesa hielo fino—, los motores escupiendo verde, esquiras girando en todas direcciones en la gravedad enloquecida. Se sumergió, giró de lado en una maniobra que ningún piloto con sentido común intentaría dentro de aquel lugar, y se frenó en el aire a pocos metros de las dos, los propulsores rugiendo para sostenerse contra la gravedad que subía y bajaba. Una escotilla se abrió en el flanco del casco. Desde dentro, recortado contra el brillo verde frío de los paneles, un hombre extendió la mano enguantada —chaqueta de cuero oscuro, ojos verdes, una media sonrisa confiada que no tenía el menor sentido en medio de aquel infierno y que, quizás por eso mismo, resultaba extrañamente convincente, como un chiste contado en un velatorio—.

—Subid —dijo—, si queréis vivir.

Nyra vaciló medio segundo. Conocía aquel tipo de sonrisa. Ya la había visto en cien mesas de Puerto Ruina, en el rostro de gente que te saca de un agujero y luego te presenta la factura del rescate, con intereses que crecen mientras das las gracias. Corsario —se leía en el casco sin sello, en la maniobra demasiado buena, en la calma equivocada—. Y vio, bajo el encanto, su mirada deslizarse rápido —solo un instante, pero demasiado rápido para ser inocente— hacia la esquirra cian apretada contra su pecho, y quedarse allí un tiempo demasiado largo antes de volver a los ojos de ella.

Aún no sabía el nombre —Valen Kor—, pero ya sabía el tipo. El precio de gente así nunca venía escrito en la puerta. Venía después, a mitad del salto, cuando ya no se podía bajar.

¿Qué va a entregar Nyra?



TEMPORADA UNO · EL DESPERTAR DE LOS HITOS

VII

Alianza Desgastada

CRÓNICAS DEL IMPERIO GALÁCTICO

A bordo del *Viento Sombrío*, el aire olía a ozono y a desconfianza.

La nave de Valen Kor era todo lo que la *Errante* no era: rápida, afilada, cara. Donde la casa de Nyra tenía remiendos de soldadura y olor a té, aquella tenía paneles limpios y el brillo verde frío de instrumentos que costaban más de lo que ella debía. Aun así, había un desorden de contrabandista por todos los rincones —cajas sin sello, un olor a tabaco dulzón, marcas de quemadura en un mamparo que nadie se había molestado en explicar—. Nyra iba en el asiento del pasajero sin soltar la llave, los dedos cerrados sobre el brillo cian como quien se sujeta el propio pulso, y no apartaba los ojos de las manos de Valen en los mandos.

Salvada del Umbral, sí. Libre, no. Solo había cambiado una jaula de piedra por una jaula con motor y una sonrisa bonita.

—¿Sabes cuánto vale esa cosa que estás abrazando? —Valen no la miró a ella; miró el cristal, y lo miró del modo en que un hambriento mira el plato ajeno—. En el mercado negro del Concordio, una esquirla primigenia de verdad compra un sistema. Planeta, luna, y el impuesto de todo el que vive en ellos. He visto a un corsario matar a su hermano por un cacho que no brillaba ni la mitad.

—No está a la venta.

—Todo está a la venta, chatarrera. —La media sonrisa—. Solo falta que el precio case con la necesidad. Y, por la cara de a quien saqué de un agujero hace una hora, tu necesidad es alta.

Nyra volvió el rostro hacia él despacio. Había aprendido pronto, en Dunmar, que con esa clase de hombre no se gana discutiendo el precio. Se gana cambiando lo que está a la venta.

—Esta llave no abre una caja fuerte —dijo—. Abre un Hito. — Señaló con la barbilla el mapa que flotaba verde entre los dos, un punto escondido allá en la Grieta, rodeado de anomalía—. Un camino para saltar sin depender del Trono. Sin pagarle Écrion a nadie. Sin pedirle permiso al Imperio para cruzar tu propia galaxia. ¿Entiendes lo que es eso, Kor? No es un sistema. Es el fin de la correa. También la tuya.

La media sonrisa vaciló por primera vez. Valen se quedó callado, los ojos verdes yendo del mapa al cristal y del cristal a su rostro, y por un instante ella vio al contrabandista ceder lugar a otra cosa más peligrosa: un hombre calculando si se lo creía.



A millones de años luz de allí, la soberana de La Corona escucha romperse el silencio.

La Heliarca Sovrenn Vael está de pie ante una ventana del tamaño de una catedral en el salón dorado de Aurox, y ahí fuera la capital arde en oro y blanco bajo dos mil años de orden sin falla. Cabello de plata fría recogido con rigor militar, manto bordado con el águila solar, el rostro severo de quien gobierna desde hace demasiado tiempo para asustarse por cualquier cosa. Pero ella se asusta por esto. Arrodillado en los escalones bajo el trono, el implante rojo ardiendo bajo en el salón en penumbra, Vharo Sith trae el informe que dos mil años de Imperio se construyeron para no necesitar oír jamás: la Red respondió. El mito se levantó. Los rebeldes abrieron una puerta que la doctrina juraba que no existía.

La Heliarca no vacila. Gobernar sobre una mentira exige, por encima de todo, el valor de no dudar nunca de ella en público. Alza la mano enguantada de oro y apunta hacia abajo, hacia el mapa de la galaxia proyectado a sus pies, y la orden sale fría, redonda, absoluta, mientras filas de soldados de la Legión se forman en las sombras como estatuas que aprendieron a respirar:

Cerrad las rutas de Écrion. Bloquead la Franja entera. Que ninguna nave salte sin el permiso del Trono; aunque la galaxia entera se quede sin combustible y aprenda, en la oscuridad, de quién es el poder de encender la luz.



En el *Viento Sombrío*, luces rojas de aviso empezaron a parpadear.

Valen se inclinó sobre la consola, los dedos corriendo, la sonrisa desaparecida del todo.

—Esto no es bueno —dijo bajo—. No es nada bueno. —Sacó una lectura, y la lectura lo hizo maldecir entre dientes—. Están cerrando el sector. Todo entero. Nuestro rastro de salto dejó una cicatriz en la oscuridad cuando huimos, y siguieron la cicatriz hasta aquí. Esto no es una patrulla, chatarrera. Esto es un bloqueo de guerra.

Al otro lado del cristal, acorazados imperiales brotaban de saltos espaciales uno tras otro, cascos de oro frío surgiendo de la nada y alineándose, tapiando el cielo estrella por estrella, cerrando cada ruta limpia como quien atranca puertas en una casa en llamas. Nyra buscó una salida en el mapa y encontró una sola. Valen la encontró en el mismo instante, y ella vio en su rostro que habría preferido no encontrarla: una nube colosal de gas morado y azul cobalto, girando despacio, rasgada por relámpagos de estática, atascada de asteroides y de escombros de mil naufragios. La Grieta. El cementerio de naves de la galaxia. Ningún piloto cuerdo entraba allí a propósito, y los que entraban no siempre salían enteros; o salían.

Valen la miró. Nyra miró la llave en su mano.

Con la Legión sellando cada estrella, la única puerta que quedaba abierta daba al infierno.

¿Van a entrar en la Grieta?



TEMPORADA UNO · EL DESPERTAR DE LOS HITOS

VIII

En el Corazón de la Grieta

CRÓNICAS DEL IMPERIO GALÁCTICO

L a Grieta se tragaba la luz.

Allí dentro, el espacio no se comportaba como espacio.

Se plegaba sobre sí mismo en corrientes de estática morada, y el polvo estelar brillaba desde dentro, denso como humo iluminado, rayado por relámpagos silenciosos que estallaban sin trueno y morían sin eco. Formas oscuras derivaban en la niebla: asteroides del tamaño de lunas, girando despacio, y cascos de naves muertas desde hacía generaciones — algunos imperiales, otros de banderas que ya ni existían, corsarios viejos, cargueros olvidados, todos callados, todos flotando en la misma corriente sin fondo—. En algún lugar allá dentro, Nyra lo sabía, estaba Puerto Ruina, la ciudad que los corsarios soldaron con cascos de dreadnought unos a otros, con sus túneles de metal y neón y sus hangares escondidos tras campos de escombros. Pero ellos no iban a Puerto Ruina. Iban más hondo, adonde ni a los corsarios les gustaba ir.

El *Viento Sombrío* se deslizaba entre los muertos como un pez en el fondo de un mar sin sol, y la gravedad caótica de la región tiraba de la nave a hipos, poniendo a prueba el estómago de todos a bordo. Valen apagó los motores principales. El silencio que cayó en la cabina fue casi peor que el ruido: solo el tictac de los cascos enfriándose y la respiración contenida de tres personas.

—Aquí, el sensor miente —dijo él, bajo, las dos manos en los propulsores de maniobra, guiando la nave por el tacto como quien conduce un caballo asustado en la oscuridad—. La Grieta ciega a un instrumento imperial y ciega al mío con él. Quien navega esto navega por instinto, y el instinto solo te mata cuando ya te lo tenías merecido de todas formas. Quédate quieta y déjame oír la nave. —El sudor le resbalaba por la sien, y Nyra reparó en que la sonrisa de contrabandista se había quedado del lado de fuera de la Grieta, junto con la bravata y el chiste listo. Allí dentro, Valen Kor era solo un hombre muy bueno en lo suyo, con mucho miedo de equivocarse.

Porque detrás de ellos, la nave de Vharo Sith no cazaba con sensores comunes.

El casco gris y oro del Inquisidor surgía en silencio del polvo morado, los faros barriendo la niebla en abanicos lentos, y no buscaba metal, ni calor de motor, ni cicatriz de salto. Buscaba otra cosa, más fina, imposible de apagar por más que se apagaran los sistemas. Rastreaba su pulso. El miedo. La llave. Valen podía matar los motores, podía contener la respiración; nadie apaga su propio corazón antes de hora. Y el corazón de Nyra, apretado sobre el cristal, latía como un tambor en un cuarto vacío.

Entonces la voz de VESK falló.

La esfera de luz titiló en el centro de la cabina y empezó a abrirse —los anillos de glifos girando al revés, despacio, y luego cada vez menos despacio, proyectando símbolos cian temblorosos en el techo de metal de la nave—. Un canto bajo salió de él, y no era ninguna lengua que Nyra conociera, ni el chirrido de una máquina rompiéndose. Estaba estructurado. Tenía compás, tenía pausa, tenía intención. Ella lo llamó por su nombre dos veces, y VESK no respondió. Respondió Caelith; y cuando Nyra se giró, vio que la Hermana tenía lágrimas resbalando por los ojos calmos y las manos alzadas hacia la esfera, en el mismo gesto que Nyra solo había visto hacer a los herejes ante el Hito en Vhorren.

—Conozco ese canto —dijo Caelith, la voz partida por la mitad—. Lo cantamos en la Orden, de memoria, sin entender una sílaba, pasado de boca en boca durante generaciones como un rezo que nadie sabe traducir. —Miró a Nyra, y había asombro y pena en la misma mirada—. VESK no es una IA de a bordo cualquiera, Nyra. Nunca lo fue. Fue hecho de los restos de ellos. De los Primeros. Compraste, junto con una nave vieja y barata, un pedazo vivo del fin del mundo. Y te ha guardado todo este tiempo.

Y entonces VESK susurró, con una voz que era la suya y ya no era solo la suya, una memoria que estuvo dentro de él durante diez mil años y solo ahora encontraba la rendija por donde salir:

Vi arder la flota. El Gran Silencio no fue una elección. Fue una barrera.

Nyra se quedó sin suelo. El rostro bañado por las proyecciones cian temblorosas, entendió de golpe lo que venía aplazando entender desde el Umbral: la única voz en quien había confiado la vida entera, la lata vieja que refunfuñaba por los saltos y la despertaba con sarcasmo, era más antigua que el Imperio, más antigua que la mentira que lo sostenía, más antigua que todo aquello que los cazaba. Y cargaba, en sus propios agujeros de memoria, el secreto por el que todos ellos estaban a punto de morir.

Delante, el polvo morado se abrió como una cortina descorrida de lado, y el cementerio apareció.

Miles de cascos primigenios flotando en silencio absoluto. Cascos negros de geometría imposible, sin juntas, sin cicatrices de batalla, sin un arañazo —apenas apagados, todos, en el mismo instante, hacía diez mil años, como si una sola mano hubiera apagado una galaxia entera de una vez—. Un sepulcro del tamaño de un sol, y ninguno de aquellos muertos llegaría jamás a saber qué guerra los mató. Y en medio de ellos, solo, alzándose por encima del campo de naufragios como una lápida demasiado grande para cualquier duelo, un Hito gigante empezó a encenderse, venas cian rasgando la piedra oscura de abajo hacia arriba —en el instante exacto en que la nave de Vharo Sith salió de la neblina justo detrás, demasiado cerca, los faros fijos en ellos, lista para el abordaje—.

El Inquisidor había hallado la coordenada. Y ahora sabía que llevaba a esto.

¿De quién es la Grieta ahora?

A woman with dark hair and orange face paint around her eyes is looking through a circular porthole. The porthole is set into a dark, metallic surface with visible rivets. The lighting is dramatic, highlighting the woman's face and the texture of the porthole frame.

TEMPORADA UNO · EL DESPERTAR DE LOS HITOS

IX

El Precio de la Memoria

CRÓNICAS DEL IMPERIO GALÁCTICO

La Legión invadió la nave de Valen.

L Ganchos de abordaje mordieron el casco del *Viento Sombrío* con un estruendo que sacudió la nave entera, y en segundos el pasillo se llenó de disparos de plasma rojo y de humo de fusible quemado, aquel olor acre a metal y ozono que se pega a la garganta. Soldados de la Legión avanzaban en formación, armaduras negras, viseras encendidas en rojo como brasas, disciplinados hasta en la manera de matar. Valen respondía desde detrás de un mamparo, el rostro iluminado a destellos por los disparos, maldiciendo entre un tiro y otro, y Nyra vio en su cara lo que no dijo: no se podía aguantar. No iba a poder. Eran muchos, y estaban entrenados, y venían con todo el peso de dos mil años de Imperio detrás de cada paso.

Caelith fue la primera en entender lo que aquello exigía.

Del lado de fuera de la escotilla interna, en el tramo de pasillo que ya ardía, agarró el mecanismo pesado y lo cerró con su propio cuerpo, atrancando el paso entre los soldados y el resto de la nave. A través del ventanuco de cristal reforzado, los ojos calmos encontraron los de Nyra por última vez. Las marcas de plata en su rostro brillaban a la luz roja de las descargas. Había una sonrisa allí —pequeña, entera, sin un gramo de miedo, la sonrisa de quien esperó la vida entera para saber para qué servía y acaba de descubrirlo—.

—Tu camino es abrir las puertas —dijo Caelith, la voz ahogada por el cristal y por el estruendo—. Siempre lo fue. El mío termina aquí, y está bien que termine. Ve, Cartógrafa. Abre.

Nyra gritó. Golpeó el cristal con el puño, buscó el cierre, gritó de nuevo su nombre como si el nombre pudiera deshacer lo que estaba pasando. Del otro lado, Caelith solo sostuvo la puerta, y no apartó la mirada, y no dejó de sonreír. Valen agarró a Nyra por detrás y la arrancó de allí, arrastrándola por el pasillo oscuro lejos del fuego —porque no había tiempo de salvar a quien ya había elegido morir, y porque, si Nyra se quedaba, la elección de Caelith habría sido en vano, y algunas muertes solo tienen sentido si uno tiene la decencia de dejarlas contar—. A Nyra la iban arrastrando con la mano aún tendida hacia la escotilla, lágrimas y horror en el rostro, mientras el fuego naranja se tragaba a la Hermana que la había esperado quince años.

El cierre cedió. Vharo Sith entró por el humo, sin prisa, el implante rojo brillando frío, y pasó por encima del cuerpo caído en el suelo de metal sin bajar los ojos. Un obstáculo menos. Nada más. Para el Ojo, la gente no muere; la gente se borra, y lo que se borra no merece una mirada.

Nyra corrió hasta el pedestal del Hito.

Con las manos temblando, ciega de lágrima y de rabia, clavó la llave en el receptor en el centro de la piedra negra. Las venas cian dispararon al instante, incendiando la estructura colosal de dentro hacia fuera, y el Hito de la Grieta despertó en un rugido subsónico que sacudió el cementerio entero de naves muertas, empujando escombros lejos en olas. Pero no abrió solo el portal.

En el aire, una proyección azul inmensa se alza del monolito: un sistema estelar muriendo, glifos primigenios girando despacio a su alrededor, el aviso que una civilización entera grabó en la piedra y que la galaxia después eligió olvidar.

No desaparecimos, dice el mensaje, en la voz colectiva de gente muerta desde hace mucho. Cerramos las puertas. Sellamos la Red por dentro. Porque nos cazaba, y no había arma, y no había huida salvo dejar de existir donde ella pudiera alcanzarnos.

Y sobre el holograma de la galaxia, una sombra crece. Una silueta colosal, sin forma fija, pasando por encima de las estrellas como una mano que se cierra, y por donde pasa las estrellas se apagan, una a una, sopladadas como velas en un cumpleaños que nadie quería celebrar.



Nyra se quedó paralizada, la luz inestable de la proyección temblándole en los ojos abiertos de par en par. Todo convergió de golpe, insoportable: Toma en la órbita de Dunmar, Caelith tras el cristal, el mundo borrado, el casco muerto, el cristal que la había elegido. Quince años de preguntas que nadie quiso responder, y la respuesta era esta —la peor de todas—. No había abierto una caja fuerte de tesoro. No había liberado a nadie. Quizás había hecho lo contrario de aquello por lo que todos los muertos a su alrededor murieron. La puerta que acababa de abrir de par en par podía ser exactamente aquella que los Primeros se borraron del universo para mantener cerrada.

¿Lo que los cazaba está viniendo?



TEMPORADA UNO · EL DESPERTAR DE LOS HITOS · FINAL DE
TEMPORADA

X

El Canto de la Grieta

CRÓNICAS DEL IMPERIO GALÁCTICO

Con la Legión rodeando la plataforma y Caelith muerta, Nyra ya no tenía adónde huir.

Estaba de pie, exhausta, al pie del Hito colosal que ardía en cian en el corazón de la Grieta, el canto subsónico de la piedra subiendo por las botas y mezclándose con el temblor de sus propias piernas. Alrededor, soldados de la Legión cerraban un cordón de armaduras negras, armas apuntando, viseras rojas fijas en ella como una constelación de puntos de mira. Al lado, Valen mantenía las dos pistolas alzadas, sabiendo tan bien como ella que era un gesto sin futuro —dos cañones contra un ejército, en medio de un cementerio, bajo una nube que se comía la luz—. Humo y ruina. Fin de trayecto, lo decía todo en aquel lugar. Fin de trayecto.

Vharo Sith avanzó por la oscuridad, el implante rojo encendido, y extendió la mano de metal.

—Ríndete, chatarrera. —La voz era casi amable, y por ser casi amable era la cosa más aterradora que ella oiría aquel día—. Lo que está muerto debe seguir borrado. No has hecho nada que no pueda deshacerse. Todavía. Entrégame la llave, y borraré solo lo necesario. —Una pausa, y algo que en otro hombre sería compasión—. Es la máxima misericordia que conoce mi oficio.

Nyra miró la mano extendida del cazador. Miró la esquirra en la otra mano, pulsando demasiado caliente, inestable, tan cerca del límite que su luz ya chasqueaba entre sus dedos como chispa buscando el suelo. Y pensó en Toma, y pensó en Caelith, y pensó en todos los que el Imperio había borrado para que hombres como aquel no tuvieran nunca que extender la mano de verdad. E hizo la única cosa que siempre supo hacer cuando el mundo le cerraba todas las salidas: corrió el riesgo demasiado alto.

—Guárdate tu misericordia —dijo—. Yo no encuentro tesoros. Encuentro lo que ha sobrevivido. Y ha sobrevivido esto.

Apretó la llave contra el receptáculo del Hito y forzó la resonancia mucho más allá del límite.

El cristal se sobrecargó. Arcos de rayo cian estallaron de su mano y corrieron por la piedra negra, y por un instante Nyra fue el centro de una tormenta —la luz subiendo por el brazo, por el hombro, cegándolo todo—. Y entonces la tormenta salió de ella. Un pulso de energía azul explotó del Hito hacia fuera en todas direcciones, y la Grieta entera rugió. La onda barrió el cementerio: los núcleos de salto de los acorazados imperiales murieron en el aire, cáscaras de luz y chispa reventando por los cascos, escudos cayendo, sensores cegándose de golpe, naves gigantes enmudeciendo como brasas arrojadas al agua. Diez mil años de energía represada, descargados en un único berrido.

Los implantes de Vharo Sith estallaron en estática. El cazador se llevó la mano al rostro y cayó de rodillas en la oscuridad, el ojo rojo escupiendo chispas azules y humo blanco, ciego —por primera vez en décadas, el hombre que borraba a los demás se quedó a ciegas en su propia oscuridad—.

—¡Ahora! —gritó Valen.

Los dos corrieron hacia la escotilla del *Viento Sombrío*, resbalando en la plataforma temblorosa. Los motores se encendieron en verde, y la nave disparó recta hacia el interior del portal cian del Hito, un trazo de luz cortando el polvo morado y el silencio de los muertos. El portal los engulló, y se cerró tras ellos como una boca.

Y la nave surgió en un cielo que ningún mapa había conocido jamás.

Una galaxia sin nombre se abrió ante el cristal. Nebulosas de colores que no tenían palabra en ninguna lengua de la Franja, soles gemelos ardiendo bajos en el fondo, una inmensidad bella y aterradora donde el Imperio no tenía bandera, ni ruta, ni relé, ni correa. Silencio. Por primera vez en quince años, Nyra Solvane no le debía nada a nadie, no tenía un número rojo parpadeándole en el antebrazo, no tenía adónde correr porque no había de quién huir. Y no tenía la menor idea de dónde estaba, ni de cómo volver, ni de si volver era posible; y, más hondo, de si volver era algo que todavía quería.



Pero en La Corona, la Heliarca ve el desastre.

Sovrenn Vael está de pie ante la ventana inmensa del palacio de Aurox, y en el horizonte, más allá de los tejados dorados de la capital, un Hito negro que nadie sabía que estaba allí se enciende —venas cian subiendo por la piedra oscura, despacio, inevitables—. Después otro, en un sistema distante, un punto nuevo de luz fría en el mapa proyectado a sus pies. Después otro. Uno a uno, por toda la galaxia, los Hitos empiezan a cantar al mismo tiempo, un coro de diez mil años rompiendo de una sola vez el silencio que sostuvo dos mil años de trono. Una alarma antigua resuena por el salón dorado, y otra más, y otra más, hasta volverse una sola. La soberana aprieta el brazo del trono con la mano de plata. Y en el rostro que jamás tembló ante nada, tiembla al fin algo muy parecido al miedo.

Lejos de allí, en una galaxia sin nombre, una chatarrera endeudada mira estrellas equivocadas y aún no sabe que, al pagar su propia libertad, acaba de abrir todas las puertas del universo al mismo tiempo.

¿Qué viene a continuación?

SEGUNDA PARTE

El Código

Personajes, mundos y misterios del universo

LOS TRES ANILLOS

El Mapa de la Galaxia



Del Núcleo dorado a la Franja olvidada —y, rayando el mapa, la ruta imposible que la Red abre más allá de lo conocido.

Línea del Tiempo

- ~ -10.000 AH** ● **Auge de los Primeros**
Hitos y Red plenamente activos por toda la galaxia.
- Año 0** ● **El Gran Silencio**
Los Primeros desaparecen juntos. La Red se apaga, los Hitos se oscurecen. Empieza la cuenta.
- 0 – 9.000 AH** ● **La Era del Expolio**
Especies jóvenes ascienden entre los restos. Guerras por el Écrion. La verdad primigenia se vuelve mito.
- ~9.000 AH** ● **Fundación del Imperio Heliarca**
Una dinastía monopoliza las minas e inicia la doctrina que niega a los Primeros.
- ~10.500 AH** ● **La Orden del Velo**
Fundada en la clandestinidad para guardar el saber y esperar el despertar.
- ~10.985 AH** ● **El borrado de Vhorren**
El Ojo borra un mundo entero de los registros. La misma época en que Toma desaparece en Dunmar.
- ~11.000 AH** ● **Temporada Uno — El Despertar**
Nyra Solvane despierta el primer Hito. Uno a uno, todos empiezan a cantar.

Hitos, Red & Écrion

Los Primeros

LOS PRIMIGENIOS

La civilización que dominó la galaxia antes del año 0. Ingenieros al nivel de dioses: erigieron los Hitos, tejieron la Red y fabricaron el Écrion. Entonces, en un único instante — el Gran Silencio — desaparecieron. Todos. Sin cuerpos, sin ruinas de batalla, sin despedida.

Los Hitos

LAS CERRADURAS

Monolitos negros del tamaño de montañas, sin juntas visibles, que absorben la luz. Inertes durante diez mil años. Cuando despiertan, se encienden en líneas cian geométricas y emiten un tono subsónico que los instrumentos captan como «canto». Cada Hito era un nodo de la Red.

La Red

LA RED MUERTA

Red primigenia de túneles de disformidad que unía los Hitos — viaje casi instantáneo, sin gastar Écrion, sin pedirle permiso al Trono. Se apagó en el Gran Silencio. Reencenderla es el santo grial de los rebeldes y la pesadilla del Imperio, porque vuelve irrelevante el monopolio del salto.

El Écrion

EL CRISTAL QUE MUEVE LA GALAXIA

Cristal azul frío fabricado por los Primeros — no ocurre en la naturaleza, y hoy nadie sabe replicarlo. Única sustancia capaz de estabilizar un salto sin colapsar la nave. Arde despacio, es finito, y por eso es la base de todo poder. Cada salto deja una cicatriz rastreable.

El Gran Silencio

LA PREGUNTA MADRE

El evento que puso a cero la cuenta de los calendarios: la desaparición simultánea de toda una civilización. El Imperio jura que fue un misterio limpio. Las marcas de prisa en el Umbral dicen otra cosa. ¿De qué huyeron los Primeros — y eso está volviendo?

Las Facciones

Imperio Heliarca

ORO FRÍO · ÁGUILA SOLAR

Poder dominante de la galaxia desde hace dos mil años. Su fuerza nace del monopolio del Écrion y de la mentira fundacional de que los Primeros son superstición. Sede en el mundo-trono Aurox.

El Ojo

ROJO SECO SOBRE NEGRO

Policía secreta del Imperio. No rompe con fuego: borra. Registros, nombres, personas y mundos enteros desaparecen por su mano. Su inquisidor en la T1 es Vharo Sith.

Legión Cindaria

ARMADURAS NEGRAS · VISERAS ROJAS

El brazo militar del Trono. Disciplinada hasta en su forma de matar. Es la Legión la que bloquea la Franja y aborda al Viento Sombrío en la Grieta.

Orden del Velo

MANTOS GRIS VERDOSOS · MÁSCARAS DE VELO

Orden hereje, mitad monástica mitad arqueológica, que preserva en secreto el saber sobre los Primeros. Cree que el despertar es profecía, no catástrofe — y que su deber es proteger a quien despierte los Hitos.

Corsarios de la Grieta

CASCOS SIN SELLO · NEÓN Y ESCOMBRO

Piratas y contrabandistas que operan desde la nebulosa. Algunos tienen código propio; otros venden a cualquiera. Puerto Ruina, hecha de dreadnoughts fundidos, es su guarida. Valen Kor es uno de ellos.

Confederación de la Franja

NAVES REMENDADAS · COLORES DESVAÍDOS

Coalición laxa de los mundos del anillo exterior contra el impuesto del Écrion y el reclutamiento forzoso. No son héroes puros: pelean entre sí, y algunos solo quieren otro tipo de poder.



Nyra Solvane

la Cartógrafa

RAZA	Humana de la Franja
NATAL	Dunmar
EDAD	32
ESTADO	Viva

Chatarrera endeudada que rebusca despojos en zonas muertas. Perdió a su hermano Toma hace quince años en un «accidente» que nunca se tragó. Toca una esquirla primigenia que responde solo a ella — y se convierte, sin quererlo, en el centro del despertar de los Hitos.

“Yo no encuentro tesoros. Encuentro lo que ha sobrevivido.”

SECRETO

Guarda la caja negra del turno en que murió Toma. Nunca logró descifrarla.



VESK

la voz de la nave

TIPO	IA de a bordo
ORIGEN	restos primigenios
CASA	Errante
ESTADO	Activo (corrompido)

Inteligencia antigua que vino junto con la Errante. La mitad de la memoria corrompida, lo que le da lagunas y un humor seco y profético. Se revela hecho de restos de los Primeros, guardando el recuerdo del Gran Silencio.

“He detectado algo. No te va a gustar. A mí tampoco me ha gustado.”

SECRETO

Es el eco de un Primero concreto. Borrar los Hitos quizás lo borre con ellos.



Hermana Caelith

la Guardiana

RAZA	Humana
ORDEN	del Velo
EDAD	46
ESTADO	Caída · Cap. IX

Criada dentro de la Orden del Velo, escondida en el mundo borrado de Vhorren. Esperó quince años a alguien a quien la esquirra respondiera. Guía a Nyra hasta la verdad — y se sacrifica para que ella abra la última puerta.

*“No protegemos el secreto. Protegemos a quien
va a portarlo.”*

SECRETO

Sabía por qué el Imperio borró Vhorren — y qué fue de los que desaparecieron hace 15 años.



Valen Kor

el Corsario

RAZA	Humano de la Franja
NATAL	La Grieta
EDAD	38
ESTADO	Vivo

Piloto genial de anomalías y desertor del Concordio. Vio cómo su propia colonia era destruida por el Imperio. Finge que solo le importan los créditos y el Écrion, pero odia al Trono. Rescata a Nyra en la Grieta y se vuelve, a regañadientes, el piloto de la resistencia.

“Yo no salvo vidas, Nyra. Cobro por el flete.”

SECRETO

Mantiene una base secreta en el cementerio de naves, hecha del casco de un crucero imperial.



Vharo Sith

el Borrador

CARGO	Inquisidor del Ojo
NATAL	Aurox
EDAD	54
ESTADO	Vivo · medio ciego

La mano que borra registros, personas y mundos enteros. Fue él quien borró Vhorren hace quince años; el despertar lo aterroriza en silencio, prueba de que lo que enterró está volviendo. Al final de la temporada, el pulso del Hito le revienta el implante ocular.

“Lo que no está en el registro, no ha ocurrido.”

SECRETO

Sabe la verdad sobre los Primeros — o parte de ella. Su miedo es la pista.



Heliarca Sovrenn Vael

la Corona

CARGO	Soberana del Imperio
NATAL	Aurox
EDAD	60
ESTADO	Viva

Gobierna la galaxia sobre una única mentira de dos mil años. Ordena el bloqueo de la Franja para aplastar el despertar. Reconoce, con pavor, exactamente qué está despertando — y carga sola el peso del secreto.

“Alguien tiene que cargar la verdad. Que sea yo.”

SECRETO

La doctrina que niega a los Primeros quizás siempre fue una muralla, no solo codicia.

Glosario

Primeros	Civilización que dominó la galaxia y desapareció en el Gran Silencio hace ~10.000 años.
Hitos	Monolitos negros primigenios, del tamaño de montañas. Inertes durante 10.000 años — hasta ahora.
La Red	Red primigenia de túneles de disformidad que unía los Hitos. Se apagó en el Gran Silencio.
Écrion	Cristal que alimenta los motores de salto. Base de todo poder económico y militar.
Esquirra	Fragmento primigenio rarísimo. Algunos reaccionan a personas concretas.
Hito / cerradura	Una esquirra adecuada abre un Hito — y un Hito abierto reenciende un tramo de la Red.
Cicatriz de salto	Rastro luminoso que un salto deja en el espacio. Delata hacia dónde fue la nave.
Canto	El tono subsónico que un Hito emite al despertar.
El Núcleo / Cinturón / Franja	Los tres anillos de la galaxia: rico y central / industrial / externo y olvidado.
Año Heliarca (AH)	Calendario oficial. El presente de la serie es ~11.000 AH.

FIN DEL LIBRO UNO

¿Qué viene a continuación?

La saga continúa en la Temporada Dos